la castidad de Pedro, y, en una explosión de burla, de esa sarcástica y despreciativa hilaridad de las mujeres que ven acobardarse un hombre ante sus gracias, gritó entre carcajadas.

—¡Bobalicón... ¡mamarracho! Y como si las dos palabras hubieran agotado el buen humor de que hacía tan estrepitoso alarde, desplomóse en el lecho sollozando desesperadamente.

Adorable señora: me diréis, haciendo un bonito mohín, que he relatado una historia insípida y sin gracia; tenéis, á fe, mucha razón, pero yo no soy responsable de que en el pueblo aquel no acontecieran nunca sucesos extraordinarios.

LA COQUETA.

Siendo niña, correteaba en los jardines cazando incautas mariposas.

Arrancaba las alitas multicolores de los insectos que aprisionaba en las invisibles mallas de su redecilla, sintiendo extraordinario placer al verlos convertidos en orugas después de la mutilación.

Pedía al jardinero un ramo de las más galanas flores, y poseída de infantil furor, deshojaba los pétalos aterciopelados de las dalias, las púdicas rosas blancas ó los mirtos color de sangre.

Cuando, burlando la vigilancia materna, lograba introducir las inquietas manos en la pajarera, aquellos deditos sonrosados causaban estragos terribles en los alados prisioneros: desplumaba el canario más alegre, arrancaba la cola al clarín de las selvas ó cercenaba con las tijeras de costura la obscura cabecita de alguna alondra romántica.

Fué la más interesante colegiala

del Sagrado Corazón. Alboreaban en su prematura pubertad los resplandecientes celajes de una belleza que se anunciaba extraordinaria: era esbelta, aérea, arrogante; había en su busto fugas de carne ebúrnea con ondulaciones de núbil lesbiana; la calurosa Arabia hilaba el oro pálido de sus candentes desiertos para tejer las trenzas color de paja de su hermosura helénica. La piel sedosa, tibia, perfumada con olor de mujer, era blanca, con la nitidez albeante de las gardenias que languidecen en el invernadero; en la boca había un despertar de aurora y en sus pupilas sombrías, una noche de tormentas; las manos de nina pertenecían á unos brazos escultóreos, seguramente los que perdió la Venus de Milo....

La damita tuvo un séquito de apasionados: colegiales que no asistían á la cátedra por escribirle epístolas vehementísimas, incipientes clubmen que le mandaban camelias sin perfume, como flores de cera; calaverillas escapados de la férula paterna, y hasta un bardo neófito, que empezaba á perpetrar ripios y endecasílabos.

Margarita sabía prodigaresas sonrisas finas, imperceptibles, que lo prometen todo y no dan nada; desconcertaba al audaz con un adjetivo de reina injuriada, y atraía al más tímido con una mirada loca, de coqueta, de esas que se parecen á las flechas que arrojaban los parthos al huir de los romanos.

Hubo innumerables duelos á puñetazo limpio entre la gentecilla escolar por causa de esa Penélope, que empezaba á conjugar el verbo amar con la perfección genial de las mujeres alegres.

Muchas despreocupadas testas estudiantiles perdieron mechones de cabellos, un centenar de narices chorrearon sangre y más de un bello joven vió chichones en su rostro apolíneo ó sintió los ojos imflamados por un bofetón de púgil.

Margarita reía á carcajadas enseñando las perlas de su boquita, que brillaban entre los labios con ferocidad de animal carnicero.

Llegaron coronados de adelfas los veinte años; fué la mujer de moda, deslumbró con el fausto del dinero, las más distinguidas beldades la envidiaron y vió halagada su vanidad, observando que esas damas que tanto la criticaban, eran las que más empeño ponían en parecérsele; tuvo una corte y la rodearon los hombres amontonándose para ofrecerle fortunas y corazones; desfilaron en su estrado bardos que, como ruiseñores, desgranaban estrofas mágicas en su honor, opulentos burgueses, nobles encanijados, corrompidos

por la escrófula, que le ofrecían sus títulos de grandeza: cierto general de treinta y cinco años, guapo y cubierto de laureles, se arrodilló ante la diosa, temblando como un zascandil, y hasta un lord, una especie de nabab que hablaba con retintín de libras esterlinas, juró una pasión extravagante ante la impasible desdeñosa.

Margarita oía extasiada todas las loas de amor que la arrullaban: después de cada vehemente homilía permitía que estrecharan su mano de princesa, arqueaba el talle, suspiraba, veía lánguidamente al doblegado admirador pronunciando á media voz palabras ininteligibles, y hasta llegó á permitir á un atrevido que robara besos á su boca más tentadora mientras más perjura.

—¡Es un enigma! decían con desaliento los más constantes, que fueron siempre cruelmente desdeñados; y era tan bonita la ingrata, que ninguno se atrevió á decir:

-¡Es coqueta!

¡Seis lustros!

¡Margarita se ha vuelto seria! y ¿cómo no? ¡Los poetas son veleidosos, sólo aman un día, quizá porque se enamoran mucho! Los industriales están desposados con la heredera de algún gran hombre arruinado; los duques enfermizos y marqueses tronados cambiaron sus inútiles y apolillados pergaminos por el buen capital de la más insigne villana; el inglés apeló al suicidio, y el general joven murió en la campaña como un héroe....

Margarita, aunque extemporáneamente, comienza á comprender que los hombres no son tan despreciables, y que no se destrozan los corazones como las alas polvorientas de las mariposas; siente el martirio de un hastío inexplicable; sufre, agobiada por un pesar cuyo origen no logra encontrar por más que cavila, y sus bríos de épocas mejores se debilitan cada día más...; Aún es muy linda!...; Si está algo gruesa, no es suya la culpa...; Ese apetito que aumenta hasta convertirse

en glotonería!... ¡El remedio es muy simple: un tirón á los cordones del corsé, y desapareció el defecto!....

Ensaya una sonrisa ante el espejo, y nota que no es la misma de aquellos tiempos tan dichosos ¡no! En los perfiles de sus menudos dientecillos asoman puntos negros... la carie empieza. ¡Horror! ¡una arruga en la sien!... ¡Ved con qué violencia sumerge los dedos en la grán cabellera! ¡Arranca un cabello, ¡está blanco!... ¡juna cana!!

¡¡Medio siglo!!....

¡Qué prosas, Margarita! Tu dentadura inválida está cubierta de oro: ¡cuántos mechones de plata en la cabeza! Hay líneas imperceptibles surcando tu rostro, y en todo el cuerpo se desbordan con exuberancia repugnante las blandas carnes de una patrona de huéspedes. ¡Quevedos en la ternilla!.... Esas chinelas dan á tu paso, que fué gallardo, un continente dueñesco: ¡empiezan á lagrimear tus pupilas!....
Eres devota, aborreces á las mujeres, con los caballeros provocas conversaciones ruborizantes, lees á Paul de Kock, y hablas de casarte, aunque te harías judía por no enseñar la fe de bautismo.

Conozco al hombre amado, es tu intendente, el ilustre Policarpo, feo, sucio, tonto, grotesco, ordinario.... ¡Pobre amiga!.... ese novio no es igual á los que desdeñaste! ¡Qué implacable es el tiempo!... ¡Ya no eres guapa! ¡resígnate!.... ¿No lo dice diariamente el cristal veneciano de ese espejo cincelado de arabescos? ; No eres la generala del regimiento de frascos con perfumes, colores, drogas y afeites, alineados en un amontonamiento sospechoso sobre el mármol de aquel tocador que fué tu adulador y amigo en primayeras tan remotas?.... Ya cayó el sol, es el instante de las confidencias de amor; enciende el globo rosáceo de la lámpara, te espera el di-

ván, estudia una postura! ¡No rías, que enseñas tus antiguas perlas taladradas por el vil gusano; busca un tono de semiobscuridad entre la sombra y la luz para no descubrir el carboncillo que sombrea los ojos hundidos, el albayalde de las mejillas, el polvo de arroz de la frente, la tintura de los cabellos!.... No desnudes el pecho velado en la espuma de los encajes... podria el galán, en un rapto de amor, poner su mano alli.... jencontraria el algodón . . . ¡Suenan pasos torpes, el rumor de un pañuelo aplicado á una nariz catarrienta, un grosero escupitajo, la tos afectada de un hombre, que inseguro de sí mismo, se anuncia discretamente: ¡entró Policarpo!.... ¡¡Pobre Margarita!!....

—¡Ja!...;ja!...;ja;....;ja!.... ¿Quién se ríe? ¿El tiempo? No: es muy serio el viejo asmático....;Infeliz desesperada, ese incógnito Mefistófeles se burla de tu vanidad pueril, del egoísmo de tus gracias marchitadas revelándose insensatamente!!.....;Sufres?....;Bah, tú también hiciste padecer, aniquilaste muchas almas, y con el acerbo martirio de la tuya no lograrás pagar tu deuda incalculable!....

¿Por qué tiemblas? Ah! ya sé, estás mirando un espectro, lo distingo, es espantoso, se llama el remordimiento.

¡¡Los sesenta!!

Es ya inútil la obra de los pinceles; nada logran la química y el arte pictórico; ¡es impotente tu alquimia! Las varillas del corsé no pueden enderezar ese cuerpo que encorvó la decrepitud, los cojines no suplen á las carnes que se secan. ¡Margarita, la frente se arruga, el pelo se cae, no hay dentadura y sólo quedan las encías gelatinosas! Los coloretes no pueden afirmarse en la piel envejecida; ¡no ves ya nada! y, como Maritornes, estás del un ojo tuerta y del otro no muy sana, crece una jiba en tus espaldas, la inteligencia está embotada; hablas mal de todos; rezas largas camándulas pidiendo al buen Dios perdón por las culpas pasadas, depositas monedas de cobre en los cepillos de la iglesia, y esperas indulgencias, creyendo que con los diezmos que pagas compras un débito contra la bienaventuranza eterna.....

¡Cuán amargo es tu sonrís al ver el retrato que cuarenta años antes exhibió un famoso fotógrafo en su escaparate! Llamas á las alegrías juveniles, esa parvada de golondrinas nómades que, al enfriar tu ser los hielos de la senectud, emprendieron raudo vuelo para no volver jamás; evocas las venturas de ayer, y pasan delante de tí, cubiertas de sudarios negros, bailando una danza macabra!.....

¡Qué soledad! No rodean tu lecho rostros querubinescos de alegres nietecillos; no ves á tu lado la hija solícita que prepara el medicamento! ¡Estás enferma?..¡de qué?....;de vieja! ¡El mal que no se cura! Tiritas, y no puedes acurrucarte al ca-

lor de la familia, porque tu vientre fué infecundo.....te burlaste del amor, enojaste al Dios que todo lo puede, provocaste su iracunda cólera, y llegó el castigo.....

¡Algo brilla con destellos de plata en la penumbra! Es la guadaña de la incansable segadora de vidas....
¡Llegó la muerte!....¡No sientes un frío que hace crujir los huesos? ¿Ves el rostro descarnado y las mandibulas desdentadas del esqueleto amarillento?....

¡Dormirás en la huesa fría del panteón, la miseria del cuerpo desposeído del aliento vital se trocará en podredumbre, será el abono de unas plantas mustias que florecerán enfermizas é incoloras rodeando una lápida que nunca regarán las lágrimas del afligido.

EL DELITO.

Juan Pablo Bringas era un joven algo positivista, quizá no por leer mucho á Spencer sino por su reposado temperamento; veía á sus semejantes como hormigas justamente porque él se consideraba un infusorio; tenía pocos libros pero de mérito indiscutible, y algunos, no muchos cuadros que como notables podrían pasar por su originalidad en la galería de un coleccionador inteligente.

Hasta los veinticinco años no sufrió ningún desengaño de amor por la razón simplísima de que nunca abandonó su egoísta corazón á las emociones amatorias; profesaba respecto de las mujeres, una filosofía convencional y desmoralizada abundante en sofismas sutiles y escabro-